

Barquichela

¿De que hablas, Señor, con Él, tu Padre?

Hablas de mí.

Conversas s de mis cosas,

de mis preocupaciones,

le dices de mis tribulaciones y mis gozos;

y en término primero,

de lo que necesitas regalar para salvarme.

La única arruga

incisiva

en tu ceño

es cuando me inclino al borde de la cima:

contemplas cómo se me caen los remos de las manos,

los brazos que se aflojan,

el sobrecogerme la fatiga.

Ves cómo cedo.

E interrumpiendo tu coloquio con tu Padre,

le dices: ya lo ves,

perdóname un momento,

ya vuelvo, Padre,

tengo un asunto importante que atender...

Abandonado el cielo te colocas, Señor a mi costado,
y recoges los remos abandonados en el fondo del bote,
empapados en agua;
los secas,
y colocas sin que yo lo note entre mis manos,
y las aprietas,
y remas...
remas por mí, como si fuese yo el que se esfuerza;
y no cejas hasta que la pobre barquichuela, firme, salvada,
encalle en las arenas de la playa.
Ya puedes, Señor mío,
reanudar la interrumpida charla con tu Padre.

Jorge Arrastía